

En ACCIÓN, nº 126, Montevideo, 18 de febrero de 1936

LUISA LUISI

La intelectualidad francesa y la Guerra Ítalo-Etíope

El poeta cubano Armando Godoy, desde hace largos años residente en Francia, en cuya lengua ha publicado tantos bellos volúmenes de poesía religiosa, y obtenido con ellos amplios y definitivos triunfos, ha emprendido en compañía de su amigo fraterno, el poeta Jean Royère, creador de la doctrina estética del Musicismo, la reedición de la extinta revista "La Phalange".

Es el propósito de Godoy y de Royère establecer por medio de esa revista un estrecho lazo de confraternidad entre los escritores de Francia y de Italia, de inmediato, y continuar luego su labor de acercamiento entre los escritores de la primera de estas dos naciones y los de las demás de Europa y de América.

El propósito no puede ser más simpático y digno de elogios. Todo lo que contribuya a acercar a los hombres de las diferentes naciones, hoy reclusos en un apartamento funesto y suicida, ha de tender forzosamente, al propiciar un mutuo conocimiento, y por lo tanto una mutua estima, a la obra hoy tan necesaria de la paz como son las intenciones de los Directores de "La Phalange".

Todo esto no interesaría directamente a los lectores de ACCIÓN, si el proyecto tan plausible de los poetas franceses no se encontrara viciado por una posición política asumida de entrada por los directores en favor de una de las partes en el conflicto ítalo - etíope. La bella intención de evitar una guerra europea, que según la opinión de todos los observadores políticos parece ser la derivación inevitable de aquél conflicto, amenaza, dado el tono de algunas respuestas ya recibidas por la revista francesa, encender más aún las diferencias entre los escritores de una y otra nación.

El fenómeno más sugerente que se observa en estos momentos de confusión universal, consiste en la agrupación de unidades humanas de acuerdo con normas nuevas y por encima, rebasándolas y superándolas, de las nacionalistas impuestas inútilmente por las propagandas y las leyes de cada país. Los escritores franceses, como los de todo el mundo, como los hombres todos de todos los países, se sienten solidarios entre sí, no como habitantes o ciudadanos de un mismo país, sino como militantes o creyentes de grupos de ideas o tendencias. El fenómeno aparece así como una anarquía ideológica dentro de fronteras; pero es por que no se echa de ver el orden superior que se está creando por encima de esas fronteras.

El caso que tratamos es claro. Los escritores franceses no se sienten solidarios unos de otros por la nacionalidad, por la raza, ni siquiera por la civilización común. Lo que los agrupa — como lo demuestran claramente los diversos manifiestos aparecidos recientemente — son las ideologías de izquierda o de derecha, su adhesión a un principio de justicia o a un principio de fuerza; al mantenimiento de privilegios de clase o a la consecución de un bienestar para la mayoría. Es así como en todos los países del mundo se observa esta diferenciación que va carcomiendo las fronteras y trabajando activamente en la disolución de un nacionalismo artificioso y funesto.

Los escritores franceses se han agrupado de acuerdo con estas ideologías encontradas que libran hoy una batalla decisiva en el mundo. De ahí que las simpatías desinteresadas, las admiraciones artísticas, las preferencias temperamentales, cedan el paso a la ideología social, con predominio señorial del espíritu puesto al servicio de una causa de justicia. De un lado, del lado de la justicia, se encuentran los más grandes y admirados escritores: Paul Claudel, Francis Jammes, Louis Jouvet, François Mauriac, Jaques Maritain, André Therive, escritores católicos todos, que han comprendido su misión de cristianos; André Gide, Julien Benda, André Chamson, Jean Cassou, Leopoldo Chauveau, Jean Schlumberger, Claude Aveline, Roger Martin du Gard, Jean Guéhenno, Henri de Montherlant, Jules Romains, Luc Durtain, Louis Aragon, Paúl Poiret, Jean Effel, Romain Rolland, René Lalou, Charles Vildrac, Jean Prevost, Jean Langevin, "Alain", André Malraux, Louis Guilloux, Pierre Unik, Emmanuel Bove, Benjamin Crémieux, Vlamink, Georges Auric, Élie Faure, Alexandre Arnoux.

Se encuentran en esta lista, además de escritores, artistas de otras ramas, que constituyen con los primeros la élite de la intelectualidad francesa.

En el campo opuesto, Maurice Donnay, Abel Hermant, Pierre de Nholac, Henri Bordeaux, Louis Madelin, Georges Lecomte, Édouard Estaunié, Louis Bertrand, André Chaumieux, Abel Bonnard, André Bellesort, Claude Farrière, Constantin Weyer, Léon Daudet, Drieu la Rochelle, Thierry Maulnier, Bernard Fay, Robert Kemp, Charles Maurras, Jean Maxence, Maurice Martin du Gard, Charles Richet, Robert Brasillach, constituyen las fuerzas opuestas, que acaban de recibir el refuerzo de "La Phalange", constituido por un estado mayor que presiden Jean Royère y Armando Godoy. Entre estos se encuentran, además de algunos ya citados, Camille Mauclair cuya respuesta transcribimos como una muestra de la virulencia de lenguaje empleado por los escritores fascistas de Francia, Saint Georges Bouhélier, Fernand Mazade, Émile Mâle, Joseph Barthélemy, Xavier de Magallon, Paul Gaultier, Jean Desthieux, Gabriel Hanoteaux, Pierre Pascal, Charles de Richter, Gabriel Fauré, René Dumesnil, Georges Risler, Jean Tortel, Marius y Ary Leblond, Charles André Grouas, G. Batault, Georges Normandy, Victor Emile Richelet, Maurice Canu, Nicolas Beauduin, Georges Avril, etc.

He aquí ahora, dos de las contestaciones enviadas a la revista "La Phalange".

La primera pertenece al escritor Camille Mauclair, de nombre conocido como crítico de arte sobre todo: "La coalición formada contra Italia, reúne el egoísmo inglés, la hipocresía ginebrina de los COVENANTS, con los cuales juega a su placer Inglaterra, dueña de la Sociedad de Naciones, las sociedades que combaten por la posesión de la potasa y del petróleo, el bolchevismo ruso, el comunismo francés a sueldo suyo, la francmasonería internacional que quiere vengarse de M. Mussolini y destruir el fascismo.

Contra esta alianza monstruosa, quedo persuadido, a pesar de la gravedad de la amenaza, que Italia prevalecerá, porque ha confiado su destino, de acuerdo con su rey y en una magnífica unidad nacional, a un hombre de genio, de corazón verdaderamente italiano, tan prudente como enérgico, el más grande que su país ha conocido después de Garibaldi, y actualmente el más gran ministro y jefe de Estado de toda Europa. Quedo persuadido de que acabará con los intrigantes, los tartufos, los rencorosos, los celosos, los comerciantes, y los traidores, en una causa en la que su admirable pueblo pobre laborioso, sobrio, afable, fiel a un ideal al cual todos somos deudores, tiene derecho a la vida y a la expansión mientras todo el mundo, comprendidos nosotros mismos, se ha adjudicado copiosamente las tierras colonizables, de las cuales se atreven a disputarle la última disponible. Sé lo que dirían, viendo lo que sucede, Lyautéy, Marchand y Mangin. Sé lo que Italia, en pocos años ha sabido hacer en Trípoli, como nosotros en Marruecos; y es a los abisinios a quienes deseo, por su bien, la victoria italiana.

He lamentado vivamente que después de la inolvidable Exposición de Petit Palaidon suntuoso de M. Mussolini, los artistas franceses de todas las tendencias no hayan tenido la idea de dirigir al Duce una manifestación pública de su gratitud y de su profunda adhesión a la eterna luz que nos llega de su patria. He firmado por lo menos, con alegría, el manifiesto redactado por Henri Massis, al cual han respondido con una inhabilidad rabiosa algunos intelectuales de GAUCHE equivocados o engañados. Creo que no debemos descuidar nada, en la hora en que las absurdas sanciones (de las cuales nuestro comercio, nuestra industria, nuestras letras serán las primeras víctimas) amenazan separar a Francia de Italia, y arruinar una alianza que, sobre los bordes del Rin y sobre el Brenner, contendría al Reich que nos amenaza. Creo que nuestro deber es gritar a Italia que la amamos, que si nuestros gobernantes deben traicionarla, nosotros le quedaremos apasionadamente fieles. Y he ahí porque soy feliz de responder al llamado de "La Phalange". ¡Viva la bella, la cara Italia!"

Hasta aquí la respuesta de Camille Mauclair. No se puede pedir un documento en el que el desborde del lenguaje, el insulto y la diatriba vayan más

parejos que el temor y la desconfianza. Si es con documentos como éste que “La Phalange” pretende detener la guerra, es de suponer que su obra no será en definitiva sino un acicate más a la desconfianza y al imperialismo desnudo y descarado que protesta porque se disputa a Italia la ÚLTIMA TIERRA COLONIZABLE.

Frente a este alarde de imperialismo, he dirigido a mi amigo Armando Godoy, a quien estimo y admiro por su poesía de alta calidad religiosa, la siguiente contestación a su pedido de colaboración, que tengo interés en insertar hoy en ACCIÓN ya que dudo mucho que él quiera publicarla en “La Phalange”:

Montevideo, Enero 3 de 1935.

Mr. Armand Godoy.

Mi ilustre y estimado amigo:

Tengo el mayor placer en contestar su corta del 9 de diciembre en la que me da la grata nueva de la aparición de la revista “La Phalange” que, en colaboración con Jean Royèrt dirigirá usted, y en la que piensa reafirmar los lazos fraternales con los escritores italianos. Todo lo que tienda a unir, en vez de separar a los pueblos europeos es, ciertamente, una colaboración en favor de la paz.

Pero esta unión ha de mantenerse, a mi criterio, al margen por completo de un pronunciamiento sobre el conflicto ítalo-etíope que amenaza extenderse a toda Europa. En cuanto entremos a discernir responsabilidades, mi actitud cuya colaboración me solicita en un gesto que no puedo menos que agradecer en lo que él tiene de honroso para mi modesta labor, no puede ya coincidir con la orientación que, a juzgar por las colaboraciones ya recibidas, ha de ser la de la revista “La Phalange”.

Para justificar mi posición frente a los acontecimientos internacionales cuya interpretación me solicita, debo empezar por manifestarle que soy hija de italiano y de francesa y que reúno por lo tanto, en mis venas, las dos sangres latinas cuya unión desea “La Phalange”. Mi educación, mi herencia, mis aficiones artísticas, mi formación moral e intelectual, han sido realizadas bajo el signo conjunto de las dos grandes naciones hermanas.

A ellas debo mi pasión por la justicia, mi amor por la paz, mi respeto a la libertad ajena, mi ideal de igualdad social y de bienestar humano.

Es decirle hasta qué punto mi vida entera, en lo poco que es pero en lo inmenso que aspira a ser, están junto a esos dos grandes, nobles, admirables países latinos. Pues bien; es con toda la fuerza de los ideales que ambas han difundido en mi alma, con toda la energía que han puesto en mi carácter, con todo el amor que han despertado en mi

corazón y toda la admiración que han inspirado a mi intelecto, que siento con dolor el camino equivocado que siguen, al apartarse de su tradición misma, de su norte secular en esta hora preñada de siniestras amenazas. No ellas, en realidad, sino los gobiernos que rigen en estos momentos sus destinos. Italia, la noble, la artista, la generosa, no es la que se ha embarcado de corazón en la aventura imperialista de Etiopía, sino el hombre que la ha momentáneamente sojuzgado. No es el pueblo francés quien acompaña y aprueba, con actitudes ambiguas, vacilantes, contradictorias, una empresa en todas formas condenable. Francia, la inspiradora y la fundadora de la Sociedad de Naciones, no es quien en estos momentos intenta traicionarla y hundirla en el desprestigio.

No nos interesan en estos momentos las intenciones verdaderas o aparentes de Inglaterra. Su actitud puede responder, por casualidad de las circunstancias, al mismo tiempo a sus intereses coloniales y al Pacto que defiende. No son aquéllos los que nos hacen repudiar, con todo la fuerza de nuestra sangre ítalo-francesa, la agresión a un pueblo débil, que no es posible admitir será civilizado a fuerza de bombas y gases asfixiantes. Tanto valdría repudiar toda la justicia humana, si ella alguna vez favorece los intereses particulares de una parte de la humanidad.

El Uruguay, como Cuba, son también pueblos débiles e indefensos. Por encima de la fuerza, de los apetitos imperialistas, de la prepotencia y de la ambición, está su derecho a la existencia, a la libertad y a la justicia. El principio que justifique la agresión de Italia a Etiopía, ha de ser forzosamente el mismo — o parecido — que justificará mañana una agresión semejante al Uruguay, a Cuba, o a la misma Francia, coma sucedió en 1914. Porque ante la justicia única, la diferencia de razas no puede ser una excusa valedera.

Condeno enérgicamente, con toda la fuerza de mi convicción moral, la funesta subversión que implica el justificar los crímenes por la impunidad con que han sido cometidos anteriormente por otros. La misma, exacta condenación que me merece hoy la empresa de Mussolini, me la ha merecido antes el Japón en Manchukuo, el capitalismo inglés y norteamericano en el Chaco, Inglaterra en la India, en Egipto y en el Transvaal, los Países Bajos en Oceanía, España en Marruecos y en general toda Europa en Asia y África y Estados Unidos en Suramérica.

Justificar a Italia porque Inglaterra haya hecho impunemente lo mismo, es justificar en block todo el imperialismo; y es precisamente contra el imperialismo, del cual son el fascismo, el nazismo, y todas las dictaduras capitalistas, servidores sumisos, que debe dirigirse la condenación sin atenuantes de todos los que desean de verdad la justicia y la paz, y entre ellos principalmente los que se llaman cristianos.

En estos momentos, la humanidad está claramente dividida en dos sectores: los que defienden la fuerza y los que están del lado del derecho. Y el derecho y la paz son uno e indivisibles. En cualquier rincón del mundo, así sea el más apartado e ignorado, en donde uno y otra sean violados, es la paz y el derecho de la humanidad entera los que sufren.

El dilema está mal planteado entre Inglaterra e Italia. Es entre la fuerza y el derecho, entre la libertad y la prepotencia, entre el respeto a los tratados y el capricho de

los gobernantes, como debe plantearse. Como en 1914, es toda la estructura jurídica y toda la civilización mundial que están en juego. Y porque así lo ha sentido instintivamente la humanidad entera, se ha conmovido profundamente frente a esta guerra que en vano pretende el gobernante italiano reducir a un simple episodio colonial. Como en 1914 la agresión de la fuerza, está hoy del lado de la nación agredida, junto a la cual deberá estar con todas sus fuerzas el pueblo francés, como de hecho, indudablemente lo está. La guerra europea que amenaza desencadenarse como consecuencia, colocará a Francia, de nuevo, frente a Alemania, en la misma situación que en aquella época; y la agresión estará entonces justificada por la misma víctima.

Lo que hoy ocurre en Ginebra, hubiera sucedido también en los dos episodios anteriores del Chaco y del Manchukuo, si una potencia cualquiera, Francia, Italia o Inglaterra misma hubieran elevado su voz de condena con la misma energía, con la misma decisión con que lo ha hecho esta última en el caso actual. Los tres acontecimientos han planteado la misma violación del Pacto Internacional del cual esperan todas las naciones la seguridad de su existencia. Y como entonces ninguna nación dejó oír su voz de protesta, fue la Sociedad entera quien sufrió el desprestigio universal y mengua en la confianza de las gentes.

Hemos de alegrarnos pues, y no indignarnos, si en esta ocasión los intereses de una gran potencia coinciden, para beneficio de todos y en especial de los pueblos débiles, con los intereses de la justicia y del derecho.

Todo ello sin mengua, claro está, sino por el contrario con toda la admiración y el amor – un poco dolorido es cierto – por mis dos grandes naciones paternas: Italia y Francia, y sobre todo por el gran pueblo oprimido y sojuzgado de lo primera.

LUISA LUISI.